

Todo un jefe.

El jefe de Estación de Rosario parece ser un hombre enérgico.

Resolvió que la policía no debía entrar en sus dominios - o sea en el recinto de la estación - y no ha habido remedio: la Municipalidad ha tenido que ordenar a la policía que no entre.

Con este triunfo sobre el Municipio, el jefe y los rateros deben haber quedado satisfechos.

Pero los vecinos - gente prosaica que, en vez de admirar un gran carácter, se ponen a contar lo que les roban - se han sentido de muerte, con la resolución del jefe.

Es cierto que, gracias a ella, los bandidos y rateros pululan libremente en Rosario; se roba ~~ni~~ animales en los fundos y los llevan a embarcar sin que los dueños logren recuperarlos por intermedio de la policía.... ni del jefe.

Los trenes y la oficina deben dejarle poco tiempo para ocuparse de los robos.

Pero el hombre no se inquieta.

Quizás mirando las cosas bajo un aspecto distante cree en la necesidad de que en Rosario haya un lugar de refugio para los que van huyendo de la acción de la justicia. Los templos, a los cuales las viejas ordenanzas, daban este privilegio, lo han perdido. ¿Por qué no resucitar la tradición concediendo esos fueros a la estación a su cargo?

Esto vendría a ser por otras partes un escondite "laico" de bandidos y quien sabe si podría llegar a contarse con el tiempo entre las conquistas del liberalismo.

Esta, mirando las cosas con determinado criterio político.

Porque si se observa con un cristal diverso esta medida quizás resulte del agrado de los conservadores.

Se trata al fin y al cabo - de que los que tienen cuentas pendientes, se constituyan a firme en Rosario - o sea en un instrumento de oración...

Pero no divaguemos: el problema se presenta complejo.

Los hechos, sin embargo, son claros.

El jefe no deja entrar la policía en la estación.

La fuerza pública no puede vigilar, hay robos y los autores trafican, por allí, libremente.

El jefe, tal vez, querrá mantener su decreto. Es un hombre resuelto, y parece difícil encontrar alguien que se atreva a oponerse a sus designios.

La policía y el municipio se han declarado vencidos.

No queda más que una esperanza.

Tal vez si el Director General de los Ferrocarriles, le pidiera, le rogara, le suplicara, implorara que levantara la prohibición, el jefe accedería....

Y haría con ello un gran servicio a todos los habitantes de Rosario.

J. P.